Niklas Bornhauser

Del signo en los confines de la subjetividad

Abstract. *The so-called de-centration of the modern subject is one of the principal contributions of pschoanalysis to the contemporary discusion and to the conception man has reachced of himself. The consecuences and implications for any theory of subjectivity only can be dimensioned appropriately if the function of language as a mediation of the human experience, is considered as it has been emphasized, for example, by a lacanaian lecture of Freuds writings. Therefore the discussion and differentiation of the range and limitations of interpretation is a decisive step for the precise estimation of the effectual opportunities of any psychoanalytical practice and a positive chance to take up the transdisciplinary dialogue.*

Key words: modern subjectivity, psychoanalysis.

Resumen. *El llamado des-centramiento del sujeto moderno ha sido una de las principales contribuciones del psicoanálisis al debate contemporáneo y a la comprensión de sí alcanzada por el hombre. Las consecuencias e implicaciones para una teoría de la subjetividad solamente pueden ser dimensionadas adecuadamente al considerar la función del lenguaje como medium de la experiencia humana, tal como ha sido destacado, por ejemplo, por la lectura lacaniana de los textos de Freud. De acuerdo con esto, la discusión y diferenciación de los alcances y limitaciones de la interpretación es un paso decisivo para la estimación precisa de las posibilidades efectuales de toda praxis psicoanalítica y una opción positiva para retomar el diálogo transdisciplinario.*

Palabras clave: subjetividad moderna, psicoanálisis.

Somos Edipo y de un eterno modo
La larga y triple bestia somos, todo
Lo que seremos y lo que hemos sido

Nos aniquilaría ver la ingente
Forma de nuestro ser; piadosamente
Dios nos depara sucesión y olvido.

J. L. BORGES, *Edipo y el enigma*

Las contribuciones del psicoanálisis al descentramiento del sujeto, el desalojo forzoso –y doloroso– de su lugar privilegiado, lugar en el cual había sido colocado por el auge y la expansión de los diversos subjetivismos de corte metafísico[1] tradicional, han sido objeto de numerosos comentarios y publicaciones. En la actualidad resulta prácticamente imposible negar el papel protagónico desempeñado por ciertas lecturas de Freud a propósito de la causación de la tercera herida narcisista a la representación de sí que posee el hombre y de la valoración de su capacidad real de incidir en el devenir de la historia. Este des-centramiento, que, como ha sido comentado con mayor o menor acierto, coincide con ciertas rupturas discursivas conocidas ya sea como la crisis o el fin de la modernidad, la consumación del pensamiento metafísico occidental y

el naufragio del proyecto de la *Aufklärung,* a su vez ha dado lugar a diversas interpretaciones más o menos fatalistas con respecto a las posibilidades de aquel sujeto turbado y despojado de su centro y fundamento. Si bien la crítica del sujeto moderno, protagonista indiscutido y personaje principal de la historia entendida como progreso, ha sido recibida con cierta unidad de criterios, por el otro lado, las diferencias y discrepancias aparecen al momento de evaluar el rumbo que habrá de tomar su camino, falto de un orientación prestablecida.

Es decir, ¿qué posibilidades deja intactas la renuncia al ambicioso sueño de las *Lumières,* el abandono de la ilusión de un sujeto consciente, dueño de sí mismo y de su destino, basado en la búsqueda (cartesiana) de un *fundamentum absolutum inconcussum veritatis?* ¿Qué opciones le quedan a un sujeto privado de fundamento, cuyas acciones, decisiones e interpretaciones, en vez de crear un mundo, se mueven en el terreno histórico ya abierto por estructuras que le preceden y rebasan? ¿Acaso está condenado a vivir en un eterno estado de «minoría de edad», sometido al albedrío de fuerzas ignotas y furtivas, sentenciado a subsistir bajo el dominio tiránico y despótico de Otro?

La hipótesis que se quiere esbozar en este trabajo es que la evaluación realista y desapasionada de las posibles salidas que se le ofrecen –o que éste ha de construir– al sujeto contemporáneo, aparentemente atrapado en un callejón sin salida, pasan necesariamente por la discusión y comprensión de su des-centramiento y sus consecuencias.

El sepultamiento del sujeto moderno

Ich, Ebenbild der Gottheit, das sich schon
Ganz nah gedünkt dem Spiegel ewger Wahrheit,
Sein selbst genoβ in Himmelsglanz und Klarheit,
Und abgestreift den Erdensohn,
Ich, mehr als Cherub, dessen freie Kraft
Schon durch die Adern der Natur zu flieβen
Und, schaffend, Götterleben zu genieβen
Sich ahnungsvoll vermaβ, wie muss ichs büβen! Ein
Donnerwort hat mich hinweggerafft.

J. W. GOETHE, *Faust*

En vez de seguir apostando ciegamente al actuar, presuntamente racional, de un sujeto autónomo y consciente de sí, capaz de generar una proposición afirmativa que se corresponda convenientemente con un objeto determinado, producido a su vez por el obrar prerreflexivo del complicado aparataje tecnológico implicado por los mismos supuestos epistemológicos sobre los cuales está cimentado el edificio arquitectónico de lo que él sabe reconocer como su ciencia, su discurso de origen, se trata, para el pensamiento contemporáneo, de desviar la mirada desde la presencia artificial y producida de una supuesta cosa-objeto y, en cambio, de admitir la centralidad {*Mitte*} incondicional e incuestionable del lenguaje para la elaboración del problema ontológico y, por lo tanto, el reconocimiento expreso de que cualquier tipo de conocimiento y de experiencia de la verdad, por muy «objetiva» que se postule, es profundamente hermenéutica. Esto quiere decir que, en definitiva, cualquier experiencia (de mundo) está mediada[2] por el lenguaje[3], está antes de todo evento lingüístico –por muy disimuladamente que se le produzca–, es discursiva, está fundada en el ir y venir de un diálogo construido sobre la reciprocidad y correspondencia entre pregunta y respuesta.

En contra de la representación predominante del hombre como aquel ser vivo, dotado de razón, es decir, de racionalidad en el sentido que sugiere el uso de la *ratio,* amo y dueño del lenguaje, capaz no solamente de poseerlo, de convertirlo en su propiedad y posesión, sino incluso de disponer libremente de él y, por consiguiente, de gozar del mismo según su capricho y antojo, ha de admitirse el rol constitutivo y constituyente del hombre, caracterizándolo esencialmente como un ser-de-lenguaje[4]. Dicha relación se parece a un movimiento circular que, bajo la fuerza del lenguaje, se va convirtiendo en elíptico, con-formando un *Wirbel*, una vorágine salvaje, un torbellino indómito, irrefrenable e insubordinable, que arrastra al hombre de manera incontenible al *Abgrund*, es decir, al sin-fondo de la espiral impetuosa e indomable que se apodera del hombre, captándolo y envolviéndolo en su eterno movimiento compuesto por un sinfín de círculos

concéntricos. En vez de enfrentar al lenguaje, desafiarlo con la vana intención de medir sus fuerzas con él, resulta más bien aconsejable dejar de resistirse inútilmente a su *Rauschen*[5] poderoso y seductor, y entregarse a su llamada, abandonarse en su invocación.

En consecuencia de lo anterior, el dirigir la pregunta hacia el lenguaje, el interpelarlo en sus mismos límites, tal como sucede por ejemplo en la interrogación (mítica o mitológica) de los orígenes, no podrá hacer otra cosa que aplazar o desplazarlos una y otra vez, situando el comienzo en un pasado cada vez más remoto y oculto, de resaltar y destacar precisamente lo inescrutable, lo misterioso, enigmático y oscuro que nos interpela. Del preguntar emanan, así vistas las cosas, un conjunto polifónico de diversas voces, irreducibles en su diversidad, un incesante murmullo, un susurro inacabable, que recuerda el mismo «*bruissement de la langue*». Sin embargo, el decir siempre es pronunciado –y escuchado– en un determinado contexto, se inscribe siempre en un determinado horizonte de comprensión, deudor de la tradición del pensamiento, levantado lenta y pacientemente sobre los precipitados y los sedimentos acumulados con el pasar de los años. Es decir, en torno y a propósito de los peligros y poderes intuidos en el lenguaje, se ha articulado un rebuscado dispositivo de contrapoderes y fuerzas reactivas, dispuestas con tal de domeñar y domesticar el acontecimiento del habla, fuente de innumerables incógnitas y conflictos. Este sofisticado engranaje opresivo desde luego no ha de buscarse únicamente a un nivel que hace algún tiempo se solía designar como «supraestructural», sino que se encarna en las más diversas materializaciones, algunas de ellas más duraderas que otras. El análisis del orden de los artefactos de dominación y de los aparatos opresivos, un examen que devela la existencia de un conjunto articulado de tácticas y estrategias, un auténtico régimen de verdad, ha de pasar necesariamente por la revisión del vocabulario metafísico, las expresiones y conceptos herederas y portadoras de su espíritu.

La instauración de nuevos espacios de inteligibilidad

En la lengua no hay más que diferencias. Todavía más: una diferencia supone, en general, términos positivos entre los cuales se establece; pero en la lengua sólo hay diferencias sin términos positivos.

F. DE SAUSSURE, *Cours de linguistique générale*

Si el hombre, degradado a estas alturas de la historia del pensamiento a una figura miserable y lastimosa, testigo desvalido e impotente de un proceso irrefrenable que se despliega enérgicamente ante sus ojos, desea recuperar al menos algo de su perdido protagonismo, si anhela «hacerse parte» de esta proyección, con tal de convertirse en su «elemento» y «actor», tendrá que convertirse primero en su «intérprete». La tarea que le concierne al hombre en este proceso de magnitudes e implicancias kafkianas es nada menos que la labor de interpretación, entendiendo por ello no la *Darstellung* de un guión acabado, escrito con anterioridad por un Otro anónimo y desconocido, sino la faena interpretativa tal como la retrató y ejemplificó, con gran maestría y humildad, Sigmund Freud en *La interpretación de los sueños* (1900 [1899]) {*Die Traumdeutung*}. *Deutung,* la palabra empleada por Freud, en alemán está despojado por completo de la supuesta correlación inequívoca entre un significado y un significante, aquella articulación palmaria e irrecusable que cierta tradición del pensamiento le supone a la palabra, materia prima por excelencia de la interpretación. *Deuten,* más bien, significa señalar, apuntar, indicar, ya sea en un determinado sentido {*Sinn*}, hacia un cierto horizonte (de comprensión) o un plexo de significaciones y referencias establecido o por establecer.

La interpretación, más que un intento de apaciguamiento, de auténtica «domesticación» de los textos –como fue llamado por Eduard Grüner en una ocasión– es una genuina estrategia de producción, articulada con el propósito de engendrar constantemente nuevos sentidos, nuevas simbolicidades, inesperadas y hasta entonces desconocidas, en torno a las cuales se

puedan construir las actuaciones respectivas de las prácticas sociales.[6] La interpretación contiene toda la riqueza práctica y conceptual de la noción de *praxis,* ya que la interpretación puede y debe ser entendida y aprovechada como una función crítica, un análisis disolutivo en el sentido del *analyein*[7], una puesta-en-crisis de las estructuras dominantes, materiales y simbólicas, de una sociedad, siempre comprometida en una lucha polémica con otras interpretaciones que se proponen como hegemónicas. Toda interpretación, si se me permite recoger un juego de palabras, es siempre una intervención y, al mismo tiempo, una interversión, una versión intercalada, una (nueva) versión que se cuela entre los intersticios de las interpretaciones avaladas como oficiales.

Toda interpretación que se postule como tal desde luego debe inscribirse en un espacio simbólico, un universo de significaciones previas que la precede y excede lógicamente, y en el que se debate de diferentes maneras el conflicto[8] inacabable entre los diferentes sistemas de representación construidos por los diversos sectores de una sociedad, ya sea respecto de su funcionamiento como una totalidad, ya sea sobre ciertas territorialidades o regiones de sí misma. Este espacio está atravesado por lo que Paul Ricoeur llamaba «el conflicto de las interpretaciones», un espeso retículo, un soporte dinámico-pulsional compuesto por la configuración de los choques y las colisiones entre diferentes discursos pretendidamente explicativos, un conflicto confinado al con-texto de una verdadera lucha por el sentido. Esta batalla, librada por alcanzar y defender la preciada hegemonía hermenéutica, implica un constante sacudir y violentar los imaginarios colectivos, construidos sobre la base del consenso legitimador de una determinada forma de dominación social, para actuar sobre ellos deconstruyendo y redefiniendo el proceso de producción simbólica, mediante el cual es explicado, a partir de sí mismo, el funcionamiento del poder en una época o una sociedad determinada. "Hay, por lo tanto, una *culpabilidad originaria* de la interpretación, consistente en que ella siempre procura, confesadamente o no, la conservación, la transgresión o el quebrantamiento de una Ley establecida."[9]

La interpretación, encargada de reactivar insistentemente las dos grandes sospechas que siempre se habían levantado en Occidente sobre el lenguaje, en tanto auténtica práctica política, obliga a repensar, entre otros, la naturaleza misma del signo, el lugar del sujeto, tanto respecto de la enunciación como en relación a la interpretación y, aunque con ello no se pretende agotar los elementos implicados en esta «revolución teórica», las estrategias, métodos o procedimientos de interpretación. De lo que no se trata, y hay que decirlo con claridad, en ningún caso, es de desenmascarar, develar o desocultar, mediante un paciente trabajo de desciframiento o transcripción, un sentido oculto, latente o perdido. Por el contrario, en contra de cualquier concepción metafísica de lo inconsciente, hay que pensar a la interpretación como una intervención disruptiva en la cadena significante, una acción violenta y desgarradora, capaz de producir el efecto de un verdadero corte, una incisión sensible en la aparente homogeneidad del lenguaje, una punzada lo suficientemente lacerante como para cuestionar precisamente la validez de esta concepción simple y equívoca.

Escritura psíquica: desenvolvimiento y espacio de la palabra en psicoanálisis

Las palabras son un plástico material con el que puede emprenderse toda clase de cosas.

S. FREUD, *Der Witz und seine Beziehung zum Unbewubten*

El psicoanálisis, tanto como escuela(s) de un determinado pensamiento –mejor dicho, de un pensar, que se presenta como un discurrir múltiple, fragmentado y disperso, resistente a los numerosos intentos de institucionalización de su diversidad y de domesticación de su potencial subversivo[10]–, así como práctica clínica, original y polémica, que se separa y distingue tajantemente de la práctica médica sólidamente asentada sobre sus raíces positivistas, desde los varios inicios que le han sido atribuidos se ha interesado por estudiar las diversas manifestaciones de la psique humana, ya sean estas síntomas,

sueños u otros productos de esta enorme máquina de producción que comparten con los primeros ciertas características «neoestructurales»[11]. Este interés, en el cual se expresa una inclinación o tendencia, un *Drang* que predispone, impulsiona y que, como consecuencia de su constante em-pujar y forzar, finalmente se ex-presa, preso de una poderosa moción, lo suficientemente intensa para manifestarse ante la razón y lograr que ésta se preocupe de la manera específica en la que afloran estas producciones psíquicas en el tiempo, o sea, cuál es su modo de producción, es decir, cuál es la repartición de poderes entre los elementos articulados, *gegliedert*, en una «estructura a dominante»[12], qué fuerzas productivas intervienen en él, cuál es su distribución en el espacio de tensiones, disputas y luchas en el cual se han de inscribir, etc.

El intérprete a lo largo del vertiginoso recorrido a través de los signos con los cuales se encuentra, si es que realmente efectúa un movimiento de verticalidad descendiente, lo hace únicamente para denunciar el carácter falaz de dicho descenso, mostrando que la dicha profundidad de la interioridad es algo absolutamente diferente de lo que parece. El escudriño de los bajos fondos es efectuado con una única meta: restablecer y rehabilitar la exterioridad resplandeciente y rutilante, olvidada tras su entierro y sepultura forzosa. El movimiento de la interpretación, de esta manera, se presenta más bien como un oteo, un sondeo destinado a restaurar la enigmática profundidad como un secreto absolutamente superficial, un mero ademán, un pliegue[13] de la mismísima superficie, desdeñada y menospreciada injustamente por su frívola insubstancialidad.

Una lectura atenta de textos tempranos como *Die Traumdeutung* (1900 [1899]), *Zur Psychopathologie des Alltagslebens* (1901) o *Der Witz und seine Beziehung zum Unbewussten* (1905) demuestra cómo la interpretación de expresiones y productos asociados falsamente al actuar errático y azaroso de la psique, entendida como una entidad delimitada, interior, en suma, íntima, ha de ceder a una interpretación más desprejuiciada, liberada del peso de la Tradition esencialista y de la pesada carga de sus supuestos onto-teológicos, una interpretación capaz de escuchar lo inconsciente ahí donde se pronuncia. Lo inconsciente, desde luego –y en esto hay que vencer la sólida resistencia de las deformaciones petrificadas y graníticas que caracterizan el lenguaje ordinario y corriente– no es *the subconsciousness*, el subconsciente, como han querido traducir –y traicionar– generaciones de posfreudianos anglosajones el descubrimiento freudiano, dotándolo engañosamente de un cuerpo y una materialidad inexistentes, asignándole un determinado lugar y condenándolo al exilio sub o infraconsciente, sentenciándolo a una insólita errancia en una tierra extraña, sometida constantemente a la severa vigilancia de su inclemente órgano superior: la conciencia. *Das Unbewusste y no das Unbewusstsein,* como decía Freud, cuyo conocimiento de los peligros que conllevaban ciertas expresiones, herederas de la historia de una ontología de la presencia plena, desde siempre lo ha caracterizado como un pensador particularmente sensible a posibles implicaciones filosóficas indeseadas que se pudieran desprender de sus conceptos, creados explícitamente en contra del conciencialismo dominante[14].

Naturalmente, lo inconsciente entendido simplemente como lo no consciente, ubicado «debajo» o «detrás» de la conciencia, como aquello que no se deja ver, es una concepción rudimentaria, precaria y totalmente insuficiente para caracterizar la riqueza y profusión de un concepto complejo y, hasta cierto punto, atestado de contradicciones y que, como tal, ha sido objeto de múltiples críticas, desmentidas y reformulaciones efectuadas incluso por el mismo Freud a lo largo de su obra. Parece una burla que actualmente, para que su comprensión y discusión rebase, aunque sea escasamente, los estrechos límites del sentido común y de las lecturas simplistas o, lo que es peor aún, prevenir que se vuelva objeto de lecturas abusivas y tendenciosas por parte de los sectores acomodados, especialmente interesados en semejante nivelación homogeneizante, sea necesario recordar que la experiencia psicoanalítica, una experiencia inaugurada por el descubrimiento[15] inaudito de lo inconsciente y que permanecería unida indisolublemente a su constante producción, se da en su totalidad en el uso y ejercicio de la palabra, es decir, en el

campo del lenguaje. Como dice J. A. Miller[16] a propósito del tan publicitado «retorno a Freud», convertido en consigna panfletaria repetida irreflexivamente por una informe masa balbuceante, la obra de Freud, en la medida en que los conceptos creados por él, corregidos, descompuestos y multiplicados incesantemente, sólo encuentran su necesidad y razón al ser puestos en relación con la estructura del lenguaje, deviene ella misma una formación del inconsciente a leer, descifrar e interpretar.

En opinión de Frida Saal, "toda la obra de Freud, inaugural en el campo del inconsciente, está inscrita en la problemática del lenguaje"[17], un lenguaje no reducido a simple *órganon* de la razón, ni mal-tratado y humillado como «objeto de estudio» exclusivo de las disciplinas «científicas» derivadas de la lingüística, sino entendido como un espacio ex-céntrico, una vasta dimensión tan des-centrada como caprichosa y extravagante, al interior de la cual –habría que discutir en que medida siguiera admite un exterior– se despliega cualquier práctica analítica inspirada en la enseñanza de Freud. Como ya observó J. Lacan a principios de los años setenta, "la obra completa de Freud nos presenta una página de cada tres de referencias filológicas, una página de cada dos de inferencias lógicas, y en todas partes una aprehensión dialéctica de la experiencia, ya que la analítica del lenguaje refuerza en ella más aún sus proposiciones a medida que el inconsciente queda más directamente interesado"[18], una cualidad o condición que hasta la fecha ha recibido más bien escasa atención.

La sub-versión (del tiempo) en psicoanálisis

La palabra es irreversible, esa es su fatalidad. Lo que ya se ha dicho no puede recogerse, salvo para aumentarlo: corregir, en este caso, quiere decir, cosa rara, añadir. Cuando hablo, no puedo pasar nunca la goma borrar, anular; lo que más puedo hacer es decir: «anulo, borro, rectifico», o sea, hablar más.

R. BARTHES, *El susurro el lenguaje*

Surge entonces la siguiente pregunta: ¿las representaciones, cuya improcedencia e intempestividad suscitó la comparecencia y acción de la represión, estaban ya allí, es decir, existían con anterioridad a la interpretación, o, de lo contrario, son el resultado del análisis que dispone y organiza el «material» psíquico, otorgándole *nachträglich, après coup, a posteriori* un sentido que, por decirlo de alguna manera, antes no tenía? Así, mediante la intervención de la interpretación, que en esto se parece a una auténtica actividad poiética, el tiempo cronológico se sustrae de la recta linealidad cotidiana, para entrelazarse en entreveradas mallas significantes que, venciendo las resistencias progresivas del tiempo disciplinado e incorruptible, se repliegan sobre sí, revirtiéndose sobre su propio transcurrir, produciendo de este modo efectos caleidoscópicos, siempre sorprendentes, siempre otros. La producción del sentido, que es operada mediante la interpretación, actúa en contra del tiempo de Cronos, el tiempo uniforme y continuo, que imperturbablemente avanza sobre su propia marcha, mientras que el tiempo de la interpretación se devuelve sobre sí mismo, descubriendo el sentido justamente ahí donde antes no había sino desconcierto y confusión. Las palabras que primero acuden a él y luego componen el discurso del sujeto son cortadas, traspuestas, trastocadas, desorganizadas, dejando así absolutamente suspendido el orden del sentido que suele coagular y cristalizar los segmentos dispersos y desperdigados. Los fragmentos profusamente irradiados sin una lógica o coherencia aparente, se repulsan, se atraen, se anulan y se fusionan por caminos aparentemente caprichosos, pero que revelan, con posterioridad {*nachträglich*} al análisis, estar regidos por una astucia otra, una «inteligencia» de la que el sujeto y su conciencia nada saben.

De esta manera, la interpretación no solamente pone en tela de juicio a la representación usual del tiempo y de la temporalidad con la cual operan las psicologías evolutivas, interesadas en establecer secuencias graduales de desarrollo, sino que, al mismo tiempo, propone una nueva comprensión de los procesos implicados en la constitución de la dimensión histórica, requisito indispensable para una práctica que se propone

como meta reescribir ese relato deshilvanado, aquel tejido desgarrado que tiene el sujeto de su propia historia[19]. Con ello se ejecuta necesariamente una genuina desconstrucción del sentido único, asociado inexorablemente y por leyes primordiales incuestionables a un significante determinado, postulando en cambio la primacía –supremacía– del significante[20], la arbitrariedad –su falta de motivos– de la relación entre significante y significado[21], la significación a posteriori, entre otros principios que exceden con creces el ámbito exclusivamente lingüístico. En contra de la ficción de un simbolismo universal, establecido en un momento mítico, y que sería responsable y culpable de la constelación simbólica presente, imponiéndose al sujeto desprevenido e indefenso con una fuerza inapelable, la interpretación psicoanalítica, a partir de la revisión de ciertas características elementales del lenguaje, abre el camino para poder pensar a partir de ahí en una alternativa viable al «pesimismo» subjetivo imperante, la desautorización apriorística y tendenciosa de las posibilidades de liberación por parte del sujeto deseante, así como también a las delirantes y desmesuradas fantasías jactanciosas de su ensueño narcisista de una sujeto soberano, completa y rematadamente emancipado, levantado ofuscadamente sobre la creencia ciega y la fe absoluta en la autosuficiencia de la razón clásica y de las figuras vertiginosas de la conciencia que se basta a sí misma.

A pesar de la gran diversidad y heterogeneidad de las diferentes lecturas de Freud surgidas inmediatamente después de su muerte, resulta prácticamente imposible ignorar la intensidad con la cual reclama ser escuchado un punto de partida impuesto por la práctica: el campo del psicoanálisis, a pesar del encasillamiento ideológico sufrido en ciertos con-textos, es coextensivo al campo del lenguaje. Toda la experiencia analítica, imprescindible para la conservación de la integridad del nudo formado por el enlazamiento de saber y práctica del psicoanálisis, se despliega a partir de la voz proferida, exclamación que incluye y exige la escucha atenta y flotante. La peculiaridad y originalidad del psicoanálisis freudiano, su incomodidad e inconformismo, a veces, o mejor dicho, la mayoría de las veces, en contra y a pesar del «carácter» (o «personalidad»), la tendencia o inclinación política profesa y las declaraciones explícitas, ya sean estas oficiales o personales, de su creador, reside, en primer lugar, en la renuncia al disfrute implicado en la contemplación complacida y gozosa del espectáculo visual[22] de la enfermedad, el abandono del infalible y certero saber biomédico, desarrollado hasta los límites del sometimiento y dominio de la naturaleza por medio de la tecnología, el «Dios-prótesis» del hombre moderno, y en segundo lugar, en la deposición de este saber profesional prefabricado y predecible hasta en sus últimos rincones, en aras de la manifestación, o mejor dicho, del acaecimiento de un ser que, hablando, se incluye en el ámbito de la historia y del sentido.

Se ha dicho coextensivo y no consustancial, pues la polémica y controvertida tesis de la consustancialidad de lenguaje e inconsciente, aun cuando se la admita, inevitablemente da lugar a planteamientos heteróclitos y plurívocos. Una cierta heterogeneidad teórica, una multiplicidad irreduc(t)ible, a veces anárquica, entre las diferentes posiciones teóricas y sus respectivas implicaciones prácticas naturalmente no tiene arreglo ni en los campos de batalla ni en las mesas de negociaciones; es menester admitirla como constituyente del campo. Es indebido, aunque posible y, desde luego, bastante frecuente, atender deslumbradamente a una sola Palabra, ya sea esta identificada –imaginariamente– como la palabra propia o la de un amo y maestro al que se adhiere (ciegamente), como criterio decisivo. Si la palabra propia ha de tener un peso, un valor –anto en el sentido lingüístico como económico, pero siempre extramoral, de la expresión–, será porque ha tomado en cuenta, es decir, considerado seria y desprejuiciadamente a las demás lecturas, interpretaciones y significaciones puestas en juego, para luego ir diferenciándose de ellas mediante acciones recíprocas de repulsión y oposición.

Es entonces, a partir de estas meditaciones, como se torna comprensible que interpretación y acción transformadora, pese a la sentencia contundente del joven Karl Marx, no son conceptos excluyentes ni disociados, acaso colocando de un lado a los que hablan y de otro a los que obran. Las relaciones entre teoría y práctica, para formularlo

de otra manera, son más parciales y más fragmentarias de lo que cabe suponer. Como dijo Gilles Deleuze en una ocasión, "la práctica es un conjunto de conexiones entre un punto teórico y otro, y la teoría es el engarce de una práctica con otra." [23] De acuerdo a esta concepción, una teoría no expresa, no traduce, no sintetiza o elabora una determinada práctica; es una práctica. Desde luego, que la práctica, la acción transformadora, no es una actividad cualquiera, o en otras palabras, no toda actividad transforma la realidad –o al menos su objeto–. Transformar el mundo, contrariamente a las consignas espontaneístas e ingenuas puestas en circulación precisamente con la intención de desacreditar la acción transformadora, no significa hacer cualquier cosa. Si, en efecto, «la humanidad sólo se plantea los problemas que está en condiciones de resolver», entonces ello, al menos en parte, se debe a que la respuesta a la llamada a transformar el mundo ya supone la existencia de una aspiración a otra cosa, un anhelo, un deseo; deseo, en este caso, no de la sabiduría, sino deseo de deseo.

El compromiso con este llamamiento, desear que la realidad venga al pensamiento, que el mundo venga a la palabra, desde luego, implica contribuir a la destrucción de la «falsa conciencia», implica dejar de creer en la autoridad de una palabra ya pronunciada desde otro lugar, una ley establecida en el más allá, en el fondo de las cosas, una ley –escrita– que determine y resuelva el sentido y rumbo tanto de la historia como de la sociedad. Pensar, desde el punto de vista de la acción, tal como se ha querido resaltar, no es entrar en lo ya pensado, instalarse perezosamente en una articulación significante ya establecida, sino que es ante todo hablar contra lo que separa el significado del significante, contra todo lo que impide al deseo tomar la palabra y con la palabra el poder. La realización de este paso requiere desmentir la gran fábula que Occidente se cuenta a sí mismo con la única intención de encubrir su sed, su gigantesco apetito, sus ansias inconfesadas de poder. Tanto el mito acerca de la pretendida idealidad del saber, como la división efectiva del trabajo, la *Arbeitsteilung* instauradora de la división infranqueable entre los hombres del poder y los hombres del saber, dan lugar a un pintoresco personaje, a saber, la figura del sabio, el erudito, que debe renunciar a cualquier aspiración de poder, renunciar a cualquier participación en la ciudad, por muy mínima que sea, con tal de adquirir la verdad, una verdad tan casta como desinteresada. Una vez habiendo puesto en tela de juicio la existencia y la razón de ser de semejante personaje, se está en condiciones de aceptar la mutua implicación de saber, deseo y poder y de plantear la pregunta por la filosofía a la luz de que toda transformación requiere una comprensión y que la comprensión, a su vez, siempre comporta una alteración, que puede ser tanto innovación revolucionaria como restauración restablecedora. Como decía J. F. Lyotard en un texto paradigmático: "He aquí, pues, por qué filosofar: porque existe el deseo, porque hay ausencia en la presencia, muerte en lo vivo; y porque tenemos capacidad para articular lo que aún no está; y también porque existe la alienación, la pérdida de lo que se creía conseguido y la escisión entre lo hecho y el hacer, entre lo dicho y el decir; y finalmente porque no podemos evitar esto: atestiguar una presencia de la ausencia de la falta con la palabra."[24] En verdad, ¿cómo podría abstenerse uno de hacer psicoanálisis?

Notas

1. Se emplea la expresión «metafísica» en el sentido que le atribuye el llamado segundo Heidegger en su crítica a la metafísica clásica occidental, es decir, como aquel pensamiento volcado en lo presente, responsable del olvido del ser, culpable de la petrificación de la significación y de la detención del pensar.
2. Véase los desarrollos de H. G. Gadamer en *Wahrheit und Methode* relativos a la lingüisticidad como *Mitte* –centro, medium, manifestación– de la experiencia humana, en los cuales se constata una asombrosa coincidencia con la relevancia que le atribuye Lacan al lenguaje en la constitución de la subjetividad.
3. Siguiendo la traducción del concepto de logos como «habla», una acepción, acaso más originaria que la significación usualmente atribuida a esta palabra, interpretada de común ya sea como razón, juicio o fundamento, se trata entonces de hacer patente, de volver ostensible aquello de que

«se habla» en el habla, o sea, de permitir, ya que para ello hace falta una cierta abstención, un dejar de hacer algo, para que pueda asomarse aquello de que se suele hablar como si, ignorando la ausencia de sí condicionada por la naturaleza de la representación, fuera idéntico a sí mismo. Por consiguiente, si la verdad (hermenéutica) es tomada al modo de *aletheia*, des(en)cubrimiento, desenmascaramiento, entonces hay que arrancar, arrebatar la verdad de un movimiento de ocultamiento que, en última instancia, se presenta como insuperable. El desocultamiento, *Unverborgenheit,* tal como demuestra el prefijo *un-*, que en alemán tiene un sentido activo, propositivo, frente a la mera carencia o privación denotada por el sufijo *-los*, no es una simple negación lógica o ausencia o falta de una propiedad o calidad determinada, no consiste meramente en la acción correctiva de destapar, y de esta manera revelar, lo oculto, que pacientemente yace ahí en espera de un príncipe capaz de despertarlo de su sueño centenario, de la misma manera en que *unbewusst,* inconsciente, no es lo mismo que *bewusstlos*, que denota el estado de pérdida de la conciencia, de desvanecimiento o desfallecimiento.

Éste es, sin lugar a dudas, uno de los aspectos que más destaca J. Lacan en su lectura, no siempre explícita, de Heidegger y que se deja mostrar quizá con mayor facilidad en su concepto de *parlêtre,* que ha sido traducido al español como «parlente» o «hablanteser». Una discusión de esta noción se encuentra en I.Gárate y J. M. Marinas (1996).

Rausch es delirio, exaltación o frenesí, mientras que *rauschen,* como en «der Bach rauscht», es murmurar, susurrar o resonar.

No es del todo descabellado recordar la conocida y tan manoseada Tesis XI de Marx –objeto de innumerables lecturas, abusos y atropellos– aunque sea solamente para enfatizar que en ella, contrariamente a las interpretaciones populistas, tan difundidas en ciertos sectores académicos y también políticos, no es que se diga que la interpretación, tarea a la cual, según su misma sentencia, se han dedicado y (auto)limitado los filósofos, deba ser eliminada en favor de una transformación espontaneísta e informe; más bien parece que ella dice, por un lado, que la interpretación debe servir como guía para la acción transformadora, orientándola respecto a su posible rumbo, delineando y proyectando un cierto itinerario o recorrido, y, por el otro, que la acción efectiva y realmente transformadora no es sino la condición misma de la interpretación.

7. Véase J. Derrida ,1992, 37-69.
8. Conviene tener presente que, como dice Lacan, "la noción de conflicto siempre se utiliza de modo ambiguo: se coloca en el mismo plano lo que es fuente del conflicto y la ausencia de conflicto, la cual es más difícil de ver. El conflicto deja, podemos decir, un lugar vacío, y en el lugar vacío del conflicto aparece una reacción, una construcción, una puesta en juego de la subjetividad." J. Lacan (1995).
9. M. Foucault, 1995, 16.
10. Ciertas lecturas de Freud han insistido no solamente en enfatizar la estrecha y necesaria unión entre el ejercicio sistemático de la represión y la perpetuación de la especie humana, sino, a su vez, la importancia de que el psicoanálisis se ponga del lado de quienes, desde un lugar privilegiado, se identifican con la instauración y manutención de semejante proyecto represivo basado en la tecnificación de los dispositivos de control y aparatos de poder. La idea de que la sobrevivencia de la humanidad estaría basada en la subyugación permanente de las pulsiones, ya que la satisfacción de las necesidades del hombre es incompatible con su existencia como individuo y constituye una seria amenaza de la integridad de la sociedad, implica que el progreso mismo –anhelo máximo del espíritu moderno– está basado en la dimisión y la postergación de las satisfacciones. El sacrificio sistemático de la libido es un desvío provocado intencionalmente, con el fin de servir a tareas y actitudes socialmente útiles; es cultura. Esta visión acerca de la exigencia represiva y su articulación con una determinada concepción de la cultura no es una idea propiamente freudiana, debido a que ya se puede encontrar –para nombrar un antecedente cercano al medio intelectual y cultural de Freud– en las *Conjeturas sobre los comienzos de la historia humana* de Immanuel Kant (véase Etcheverry, 1992, 44-67.) La agitada historia de las instituciones psicoanalíticas y su respectivo posicionamiento frente a esta interpretación ha sido motivo de inagotables publicaciones de carácter más o menos teórico, más o menos panfletario. En lo que respecta la investigación aquí propuesta, puede resultar de utilidad consultar algunos pasajes de Roudinesco (1986).
11. Con esta expresión se ha querido hacer una distinción con respecto de la recepción del pensamiento de Freud –y con ello, de Lacan– en el país vecino, donde se puede hablar, por un lado, de una primera generación, también llamada «vieja escuela», que, basándose sobre todo en los escritos de Lacan de

los años cincuenta, hace especial hincapié en problemas de orden clínico y, como consecuencia de los efectos de la época del «alto estructuralismo», destaca principalmente el papel desempeñado por lo Simbólico en el proceso psicoanalítico (Octave y Maud Mannoni, Serge Leclaire, Moustafa Safouan, etc.); por otro lado, habría que considerar la generación más joven (Michel Silvestre, Alain Grosrichard, y, como no, Jacques-Alain Miller, el controvertido albacea del legado lacanaiano), preocupada por formalizar la teoría de Lacan mediante una serie de distinciones de tipo histórico, partiendo del predominio ejercido por lo Real sobre todo en la última etapa de su enseñanza; también está la interpretación marxista-estructuralista de Lacan, llevada a cabo por Althusser y sus seguidores (especialmente Michel Pêcheux); y finalmente, un conjunto, más o menos articulado, de pensadores, que, a pesar de distanciarse explícitamente de las anteriores lecturas estructuralistas, aun presentan una serie de asombrosas coincidencias con aquellas interpretaciones (Michel Foucault, Jacques Derrida, Felix Guattari, etc.), interesándose por desarraigar el psicoanálisis del campo propiamente clínico, tal como lo entienden las ciencias naturales, y acoplar ciertos conceptos con lecturas filosóficas o políticas.

12. Se recoge esta expresión de Althusser (1976, 166-181).
13. Véase Deleuze (1988).
14. Véase, a propósito de «el obstáculo concienciali-sta» y sus consecuencias para el ya complicado debate entre psicoanálisis y filosofía, Assoun (1982, 27-50).
15. Ciertamente, los antecedentes (literarios, goetheanos, románticos, schopenhauerianos, poéticos, nietzscheanos) de la noción de inconsciente son considerables; sin embargo, a Freud le corresponde el mérito de haberse hecho cargo de una noción vaga e indeterminada y haberle otorgado dignidad de concepto teórico al circunscribir, con un máximo de rigor y de claridad, su lugar en la teoría psicoanalítica.
16. Miller, 1978.
17. Saal, 1988, 14.
18. Lacan, 1971, 489.
19. Véase N. Braunstein, "El primer Lacan y la técnica psicoanalítica", en 1980, 186-193.
20. Los desarrollos aquí considerados con respectos a la supremacía del significante con respecto al significado se encuentran sobre todo en los siguientes textos de Jacques Lacan, reunidos en los dos volúmenes de la edición española de sus *Écrits,* traducida por Tomás Segovia, dirigida por Armando Suárez, a cargo de quien también corren algunas traducciones, y publicada con la colaboración de Lacan en Siglo XXI en la ciudad de Buenos Aires en 1988: "El seminario sobre *La carta robada",* "La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud" y "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis".
21. Véase Dor, 1995, 37-45; y Benveniste, 1997,1-56 y 75-90.
22. En 1885, como es sabido, Freud pasó unos meses en la Salpetrière, donde asistió a las presentaciones clínicas de Jean-Martin Charcot, un verdadero maestro en el despliegue centelleante y el aprovechamiento retórico de todo el potencial teatral de la histeria.
23. Deleuze 1999, 105.
24. Lyotard 1989, 163-4.

Bibliografía

Adorno, T. W. (1970) *Minima Moralia. Reflexionen aus dem beschägigtem Leben,* Frankfurt a. M.: Suhrkamp.

Althusser, L. (1976) *La revolución teórica de Marx,* México: Siglo XXI.

Apel, Borman, Bubner, Gadamer, Giegel, Habermas (1971) *Hermeneutik und Ideologikritik, Frankfurt* a. M.: Suhrkamp.

Assoun, P.-L. (1976) *Freud, la philosophie et les philosophes,* Paris: Presses universitaires de France.

Assoun, P.-L. (1980) *Freud et Nietzsche,* Paris : Presses universitaires de France.

Benveniste, É. (1997) *Problemas de lingüística general I,* México: Siglo XXI.

Braunstein, N. (1980) *Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis* (hacia Lacan), México: Siglo XXI.

Braunstein, N. (ed.)(1982) *El lenguaje y el inconsciente freudiano,* México: siglo XXI.

Deleuze, G. (1988) Le Pli : *Leibniz et le baroque,* Paris: Editions de Minuit.

Deleuze, G. (1999), "Los intelectuales y el poder" (entrevista con M. Foucault y G. Deleuze; 4 de marzo de 1972), en Foucault, M. (1999) *Estrategias de poder,* Obras Esenciales, Vol. II, Barcelona: Paidós, 1999.

Derrida, J.: (1992) «Résistances» en *La notion d'analyse,* Actes du Colloque francopéruvien «La notion d'analyse», Paris-Strasbourg-Toulouse, 30.10. - 6.11.1991, Toulouse: Presses universitaires du Mirail, p. 37-69.

Descartes, R. (1998) *Discours de la méthode*, Paris: Éd. Biotop.

Dor, J. (1995) *Introducción a la Lectura de Lacan. El inconsciente estructurado como lenguaje,* Barcelona: Gedisa.

Etcheverry, J. L. (1992) "El aparato psíquico en el juego de la causalidad eficiente", en: *Sobre la versión catellana,* Obras Completas, volumen de presentación, Buenos Aires: Amorrortu.

Foucault, M. (1995) *Nietzsche, Freud, Marx,* Buenos Aires: El Cielo por Asalto.

Freud, S. (1900 [1899]) *Die Traumdeutung,* Gesammelte Werke, II/III, Frankfurt a. M.: Fischer, 1962.

Gadamer, H. G. (1990) *Wahrheit und Methode. Grundzüge einer philosophischen Hermeneutik,* Tübingen: Mohr, Siebeck.

Gárate, I. y Marinas, J. M. (1996) *Lacan en castellano. Tránsito razonado por algunas voces,* Madrid: Quipú.

Habermas, J. (1968) *Erkenntnis und Interesse,* Frankfurt a. M.: Suhrkamp.

Heidegger, M. (2001) *Sein und Zeit, Tübingen:* Niemeyer.

Lacan, J. (1971) "La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud" (1957), en *Escritos 1*, México, Siglo XXI.

Lacan, J. (1995) *Seminario "Las Psicosis"* (1955-1956), Buenos Aires: Paidós.

Lang, H. (2000) *Das Gespräch als Therapie,* Frankfurt a. M.: Suhrkamp, 2000.

Lang, H. (1998) *Die Sprache und das Unbewusste. Jacques Lacans Grundlegung der Psychoanalyse,* Frankfurt a. M.: Suhrkamp.

Lyotard, J.-F. (1989) *¿Por qué filosofar?*, Barcelona: Paidós, 1989.

Miller, J. A. (1978) "Algorithmes de la psychanalyse", en *Ornicar?*, número 16, 1978.

Peirce, C.: *Collected Papers,* Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1972.

Roudinesco, E. (1986) *La Bataille de cent ans. Histoire de la psychanalyse en France*, París: Seuil.

Saal, F. (1988), "El lenguaje en la obra de Freud", en Braunstein, N. (ed.) (1988) *El lenguaje y el inconsciente freudiano,* México: Siglo XXI.